Eunice Odio (1922-1974)

Carlos Cortés

Hace tres años, en el diario *El País*, Pere Gimferrer decía que uno de sus poetas favoritos era la «brasileña» Eunice Odio. Tres décadas después de su muerte, aún rodeada de misterio, Eunice Odio sigue siendo una desconocida, pero su vida ha ido adquiriendo proporciones míticas y su literatura, extraña y mágica, como ella, interesa cada vez más. Nada hubiera agradado tanto a la Eunice Odio real que aquella confusión de nombres y de nacionalidades que ella misma propició en vida y que continúa en su muerte, rodeándola de un inconfundible aroma de leyenda.

Aunque nació en Costa Rica, bajo otro nombre, y con otros orígenes que los que ella nos cuenta en su correspondencia, esa muchacha de ojos verdes y personalidad volcánica se convirtió poco a poco en la mujer legendaria que quiso ser, bajo el nombre de Eunice Odio.

A los 25 años, en 1947, se hizo célebre al ganar el premio de poesía más importante de Centroamérica y fue descubierta por Miguel Ángel Asturias. Poco después se nacionaliza guatemalteca, se suma a la izquierda y vive con pasión la llamada «década revolucionaria» en Guatemala. Fue amante de Mario Monteforte Toledo, el novelista e ideólogo, y se codea, como una más, con los mayores intelectuales de su tiempo.

La intervención de la CIA y la caída del gobierno de Arbenz la obligan a abandonar Guatemala, pero ya en 1955 se encuentra de nuevo en el centro del torbellino, en México. Nunca volvería a Costa Rica y no será sino hasta 1980 en que por primera vez se reedita uno de sus libros individuales en su país de origen.

Una mujer que baila sola

En 1956, el escritor rumano Stefan Baciu la conoce en México y nos deja de ella un retrato inmejorable: «...fuimos invitados por el poeta

panameño Rogelio Sinán a su casa. Súbitamente oímos desde abajo, desde el primer piso, la música de un tocadiscos. Mirando desde arriba, vi en el salón, en medio de una rueda formada por los invitados, la cabellera de una mujer que bailaba, haciendo círculos y más círculos en un ritmo cada vez más endiablado, con los brazos extendidos y la cabeza vuelta para atrás, mirando hacia el piso de arriba, o, mejor dicho, hacia el cielo. Mirando bailar a la mujer que iba a conocer pocos instantes más tarde, con un vaso de *highbal* en la mano, sudando, casi transfigurada por el baile, hablando con varias personas al mismo tiempo, mirándonos con sus maravillosos ojos de *eurasiática*, me di cuenta que así solo podía bailar la poesía, y la poesía llamábase Eunice Odio».

Esa es la mujer extraordinaria que publicará, en el transcurso de diez años, los tres libros secretos que la convertirán en uno de los poetas metafísicos más importantes de Latinoamérica: *Los elementos terrestres* (Guatemala, 1948), *Zona en territorio del alba* (Argentina, 1953) y su gran obra, un cántico místico de 10.000 versos sobre la creación humana, el lenguaje y la poesía, *El tránsito de fuego* (El Salvador, 1957). A partir de sus lecturas de La Biblia, de San Juan de la Cruz y de César Vallejo, Eunice construye un mundo propio que trasciende la poesía centroamericana y pretende sumarse a la «gran balada de la eternidad»: «He aquí que Algo de La Luz me ha puesto sitio/y tú sabes Su Nombre. Dame un indicio./Dime, Argos, Maestro, Espía de la Luz,/cómo ponerlo en el dominio de mi palabra,/cómo darle la sílaba deslumbrada».

México le ofrecerá la plataforma para transformarse en un gran escritor latinoamericano, pero a la vez se la niega. Su destino es otro: el del escritor maldito. Por un lado, se suma de lleno a una generación de escritoras que cambiará la literatura mexicana y que serán sus amigas del alma, sobre todo Amparo Dávila y Elena Garro, la primera esposa de Octavio Paz.

Pero también en México ocurre un acontecimiento que marcará su vida y la de muchos: en una reunión de exiliados latinoamericanos conoce al joven Fidel Castro y de inmediato aborrece su personalidad. La Revolución cubana y su caída dentro de la órbita soviética no hacen sino confirmar su desconfianza inicial y se vuelve una anticomunista visceral. La escritora costarricense Carmen Naranjo, en una de sus visitas a México, en los años sesentas, la recuerda ensimismada repartiendo octavillas incendiarias contra Cuba y ni siquiera se atreve a

saludarla. Eunice es ya una provocadora, un francotirador, de quien nunca se sabe cómo podrá reaccionar, con «una caricia o un zarpazo», como dice de ella Augusto Monterroso.

Su posición ideológica, que no es íntima, sino pública gracias a manifestaciones, opiniones y artículos, así como sus furibundos ataques contra la *intelligentzia* mexicana, la convierten en una apestada. Nadie quiere saber nada de Eunice Odio. Esta marginalidad y sus amores desgraciados con el pintor mexicano Rodolfo Zanabria hacen recrudecer su natural tendencia a la soledad y al aislamiento, como dice en uno de sus poemas más conocidos: «Entremos/a no salir jamás:/a cumplir con nuestra obligación de latir,/de sollozar,/de morir/en la sola compañía/del último de nuestros huesos...»

Pero también le produce ira, resentimiento y una profunda amargura. A partir de ahí sólo publicará poemas aislados en revistas y algunos folletos de mínima circulación, y le será cada vez más penoso ganarse la vida. El círculo de fuego irá cerrándose contra sí misma. Poco a poco va refugiándose en el alcoholismo, la pobreza y unas cuantas amistades que la toleran y le prestan auxilio.

Monterroso no puede ser menos contundente al perfilar su semblanza póstuma: «Eunice Odio fue una mujer muy difícil, tuvo una vida muy difícil y escribió una poesía más difícil aún. Era intolerante, agresiva, mordaz. *Tránsito de fuego*, el título de su mejor libro, define su trayectoria en este mundo.»

Al mismo tiempo se encierra en el misticismo y tiene visiones que la hacen devota de San Miguel Arcángel, a quien le dedica su último gran poema: «Tal es tu cuerpo,/Un castillo erigido al mediodía,/y por el alba, dado a los ruiseñores;/Tu dulce cuerpo de rocío, arremolinado y repentino,/que cuando uno lo busca en la ventana,/sólo ve su medida de alegría,/y es que se ha ido a la luciente patria/en que reinan las fuentes/y dan hijos a las espigas;/Tu dulce cuerpo de ráfaga mirada por la luna;/Tal es Tu Presencia,/Tales tus ondulantes rostros, que despiertan en el centro de la música;/Tu cara de amapola zodiacal,/De plata que no durmió jamás,/desde que tuvo su primera aurora;/tu cara, de plata poseída por la espuma;/Tu semblante,/hecho de las partes claras y múltiples de las flores;/Tu semblante de día/en que todos los ríos corren/-para ir a ser juzgados-/a la par de los cometas y los pájaros...» La sexualidad, la maternidad, el amor y otras figuras del universo femenino se van transformando, como en otras poetas latinoamericanas, en los círculos de su infierno personal y terminan por quemarla.

La esposa del arcángel

El 23 de mayo de 1974 trascendió a la prensa la noticia de que su cuerpo había sido encontrado en el baño de su apartamento en avanzado estado de descomposición. Tenía más de una semana de muerta.

Unos diez días antes unos amigos la habían llevado a comprar víveres, los cuales estaban intactos cuando la policía entró en el tristemente célebre apartamento 40 del número 16 de la calle Río Neva, en el Distrito Federal. No sólo vivía incomunicada, sino que pocos meses antes le habían cortado el teléfono por falta de pago. Su destino parecía decidido. Fue enterrada en cuestión de horas y a la ceremonia no acudieron más de cinco personas. Eunice Odio tenía 52 años.

¿Cómo fueron sus últimos minutos? ¿Cuáles fueron las causas de su muerte? Nunca se sabrá. Algunas versiones morbosas hablan de suicidio, pero sus amigos íntimos lo niegan. ¿Sus años finales fueron un largo viaje hacia la noche y la autodestrucción? Es imposible decirlo. Según Amparo Dávila, Eunice acostumbraba a darse grandes baños de tina sin tomar precauciones o sin importar si estaba bebida o había comido. Pudo haber resbalado en la tina; pudo haberse sentido descompuesta y reclinarse sobre las baldosas a esperar la sombra de la muerte; o pudo haber esperado a que San Miguel Arcángel, una vez más, la condujera con su espada flamígera hacia la orilla más lejana y la eternidad en la que se fundió con los seres amorosos de *El tránsito de fuego*.

Monterroso escribió su epitafio definitivo: «Su vida correspondió siempre a su muerte. En esto fue consecuente y nadie debe quejarse: estuvo viva, está muerta, está viva». Sin duda, su poesía está más viva que nunca y es el contrapunto luminoso de la vida a la vez espléndida y sombría que vivió Eunice Odio.

La leyenda

En vida, Eunice Odio recibió los mayores testimonios de admiración de sus contemporáneos. Octavio Paz dijo que era la mejor exégeta de la poesía metafísica mexicana, al comentar sus ensayos sobre Alí Chumacero. Algunos de los más grandes poetas latinoamericanos, como Carlos Pellicer, Salomón de la Selva, Carlos Martínez Rivas, Rosamel del Valle y Humberto Díaz-Casanueva, le dedicaron poemas.

El mexicano Efraín Huerta escribió de ella: «Día y noche, pero / Más noche que día, / Eunice dialoga y riñe / Con los altos mastines. / Palabras y ladridos, / De arriba abajo, / De abajo arriba. / A una hora cierta / Triunfa *green eyes* Eunice. / Los hocicos se cierran. / Eunice duerme. / La noche se eterniza.»

Pocos días antes de morir terminó de corregir las pruebas de lo que se convertiría en su primera antología, *Territorio del alba y otros poemas*, publicada por la editorial centroamericana Educa y preparada con amoroso cuidado por el salvadoreño Ítalo López Vallecillos. Un año después de muerta, el poeta venezolano Juan Liscano recogió en 400 páginas lo más importante de su obra y le añadió una correspondencia que es de las más extraordinarias publicadas en castellano.

Aunque su vida más intensa ocurrió entre Guatemala y México, Eunice Odio es quizá el único escritor universal que ha dado la literatura costarricense y su nombre se ha abierto poco a poco espacio en antologías de poesía latinoamericana publicadas en España y Estados Unidos. En 1980, Rima de Vallbona inició el rescate de su prosa y de su poesía en Costa Rica y en 1989 reeditó *Los elementos terrestres* en España. En 1996, la Editorial de la Universidad de Costa Rica compiló en tres tomos su obra completa. Lo demás es literatura.

Si Eunice Odio sigue viva tendrán que ser sus lectores, muchos o pocos, los que lo digan: «Así, en las fronteras de lo transfigurado/el que siempre vigila se derrama,/sale gozoso de su duración,/no persiste, no devora su huella./Al pie de los nombres secretos,/apenas llega un hálito de sí, que lo recuerda;/se queda solo incorporado al éxtasis,/dando tregua al espacio,/permaneciendo fijo en el deleite./Y el que era activo,/el que empeñaba hombres, cielos, años/se torna en sonreída integridad;/y empieza su criatura traspasada/a ser/la increada,/trasoída,/quieta balada de la eternidad».



Carlos Cuarón: *Y tu mamá también* (2002)